

**Mario Teodoro Ramírez, *De la razón a la Praxis. Vías hermenéuticas*, México, Siglo XXI, 2003, 213 pp.**

AMBROSIO VELASCO GÓMEZ  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional Autónoma de México

*De la razón a la praxis* busca analizar, descubrir y discutir las diferentes vías, las diversas formas como se transita filosóficamente entre estas categorías. Darle terrenalidad al pensamiento racional y orientar teóricamente la acción es el problema fundamental sobre el que se centra el libro de Mario Teodoro Ramírez.

El autor considera que la misión de la filosofía contemporánea, más que construir sistemas o justificar verdades, es promover la conciencia crítica sobre el pensar y la acción. Pero trata de ir más allá de la comunidad filosófica o intelectual hacia la sociedad en general. En contra de la tradición elitista o aristócrata de la filosofía, que sostienen muchos filósofos desde Platón a Nietzsche, Mario Teodoro Ramírez propone que la filosofía se convierta “en forma de pensamiento básico y común de las sociedades por venir” (p. 21).

Esta forma de pensamiento filosófico socializado ha de vencer las visiones parciales de la filosofía que enfatizan sólo la ciencia, sólo la estética o sólo la política como expresión racional del saber humano racional o al menos valioso. En contra de esta visión parcial, Mario Teodoro propone como función principal de la filosofía la de ser un pensamiento totalizador que integre y difunda los distintos saberes parcializados. Pero la filosofía no sólo ha de circunscribirse al ámbito intelectual, sino en cuanto a forma generalizada del pensamiento social tiene que abrirse, ser sensible a los problemas fundamentales de esa sociedad: marginación, dominación, pobreza, colonialismo, tiranía, etc.

Esta misión que Mario Teodoro Ramírez asigna a la filosofía está presente en la filosofía mexicana desde su origen. Así por ejemplo Fray Alonso de la Veracruz, primer profesor de filosofía en Michoacán, en México y en América integró la lógica, la teoría del conocimiento, la ciencia física, la psicología

filosófica, la filosofía jurídica, moral, y política, la teología, la retórica y la teología en el estudio y la comprensión crítica de los

grandes problemas que se derivaron de la conquista y la evangelización. Asimismo, se propuso difundir el saber filosófico tan ampliamente como se pudiera. Desde la fundación del primer colegio de filosofía en América en Tiripetío, hasta la fundación de la Facultad de Artes y de Teología en la Real y Pontificia Universidad de México, Fray Alonso además de sus cátedras escribió los primeros textos filosóficos para que pudiera tener acceso al saber filosófico un público más amplio que el que podía asistir a clases.

Así pues, la propuesta “totalizadora y socializante de la filosofía” que propone Mario Teodoro Ramírez no es una utopía sino un proyecto no culminado, pero si iniciado desde los orígenes mismos de la filosofía occidental en México.

En la primera parte del libro, Ramírez se centra en el concepto de racionalidad, especialmente el de racionalidad comunicativa. El autor considera que ésta es más importante para la comprensión de racionalidad social. Siguiendo a Habermas y secundariamente a Apel, la racionalidad comunicativa establece las bases mínimas para el conocimiento acerca del mundo y para el conocimiento de sí mismo y de la intersubjetividad. Más específicamente, Ramírez señala que la racionalidad comunicativa permite recuperar una noción de sujeto integrado siempre a una tradición que al mismo tiempo que condiciona y limita a toda interpretación, constituye el *locus* desde el que se ejerce y sobre el cual versa la racionalidad comunicativa.

El tema de la racionalidad comunicativa necesariamente conduce a discutir la relación entre lenguaje y realidad. Siguiendo de cerca la filosofía antropológica y sociológicamente ilustrada de Peter Winch, Ramírez afirma que la caracterización de lo que ha de contar como real no es un problema empírico, sino ante todo un problema de lenguaje, de los conceptos básicos con los que se definen en cada cultura y en cada comunidad lo que es real y lo que no.

La tesis de que la definición de la realidad depende del marco conceptual básico con que la comprendemos es una tesis claramente sostenida por Heidegger en sus distinciones entre el nivel ontológico (conceptual, lingüístico) y el nivel óntico: se accede al ser a través de la comprensión que tenemos de

ese ser. En términos semióticos podemos plantear esta tesis como la determinación del referente por el sentido.

No se trata de manera alguna de un idealismo, sino ante todo de un “giro lingüístico” o si queremos más radicalmente de un giro hermenéutico. Tal giro es fundamental en el ámbito mismo de la filosofía e historia de la ciencia, como lo ha puesto de manifiesto Thomas S. Kuhn, para quien el mundo de la ciencia misma está definido o acotado por los conceptos de taxonomías o base hermenéutica particular de cada paradigma. Tal base hermenéutica es producto de la historia o tradición que dio origen y continuidad al paradigma en cuestión. Desde luego que para Kuhn, como para Winch, los practicantes de una tradición y usuarios de un lenguaje específico no discurren críticamente acerca de la racionalidad de la base hermenéutica, sino que más bien la adoptan naturalmente a través de su formación. Este proceso es el mismo que el que sucede según Winch en una comunidad primitiva basada no en el conocimiento científico, sino en el mágico. Dado que no hay un lenguaje externo al pensamiento mágico o al pensamiento científico, no es posible afirmar que uno es más objetivo o más racional que otro, pues los elementos de contrastación empírica como los criterios de coherencia son particularmente internos al sistema de pensamiento y a cada lenguaje. Por ello Winch llega a afirmar que tan racional y objetivo es el sistema de creencia de los científicos como el de una comunidad primitiva.

A partir de esta afirmación parecería que Winch está condenado a un relativismo en el que todos los gatos son pardos. Pero éste no es el caso. Gracias a la racionalidad comunicativa es posible establecer una contrastación dialógica entre los diferentes lenguajes y sus diferentes mundos para que cada uno aprenda del otro. Esta racionalidad dialógica a través del habla es el rasgo distintivo de la hermenéutica, que constituye el núcleo filosófico en el resto del libro (cap. 5-10).

En los capítulos 5 y 6, Ramírez explora las consecuencias de la concepción hermenéutica de la realidad y de la racionalidad en el ámbito de la ciencia, para realizar una fuerte crítica al objetivismo científico que pretende construir el conocimiento a partir de una tabula rasa respecto a los prejuicios. La tesis de la dependencia conceptual de la delimitación del objetivo de estudio científico, necesariamente introduce a la tradición específica del científico o en

general de todo sujeto como condición histórica y social particular de todo proceso cognoscitivo.

Como bien lo ha mostrado Gadamer, la ciencia no es capaz de reflexionar sobre sus prejuicios y la tradición que le ha dado origen. Éste es un trabajo que han de desarrollar las disciplinas hermenéuticas y más específicamente la hermenéutica filosófica. De esta manera, mal que les pese a los científicos, el progreso racional de las tradiciones científicas depende de la comprensión hermenéutica y crítica de la tradición científica. (pp. 79-80)

Esta crítica hermenéutica al cientificismo propio de la ilustración moderna no pretende de manera alguna desprestigiar al conocimiento científico, sino simplemente reconocer sus límites y la necesidad de que la ciencia se ponga en diálogo crítico con las humanidades, especialmente con la filosofía y la historia. Como se ve, se trata más bien de una reintegración de dos tradiciones: la científica y la humanística.

De manera atinada, Ramírez vincula su propuesta hermenéutica a dos conceptos fundamentales afines: tradición y racionalidad prudencial o *phronesis*. El primer concepto lo desarrolla principalmente en el capítulo 7 y el segundo en el 6 y 9, especialmente. Al leer el capítulo “El tiempo de la tradición” donde el autor intentó mostrar las múltiples caras del concepto de tradición, me queda claro que Michael Oakshott tenía razón al afirmar que la tradición es elusiva, no podemos definirla con precisión. Efectivamente, Ramírez caracteriza de diferentes modos la tradición:

- “En principio, se entiende por tradición la determinación del presente por todo aquello que ya se ha hecho en el pasado, en el plano de las costumbres, pero también en el del saber, la práctica, el arte, la moral y hasta la política” (p. 108).

- “La tradición es lenguaje. La esencia de la tradición consiste en existir en el medio del lenguaje”, afirma Gadamer” (p. 109).

- “La interpretación es el ser o la esencia de la tradición. El corazón de la tradición se encuentra en el acto de interpretar (...) interpretar implica siempre una mediación, una síntesis entre conservación y transformación” (p. 112).

- “Interpretamos la tradición a partir de ella misma” (p. 113).

- “La libertad es condición para la interpretación de la tradición y ésta es a la vez condición y campo de la libertad” (p. 113).

Tratando de integrar estas múltiples connotaciones encuentro que una tradición es un complejo de valores, creencias, teorías, actitudes prácticas, tanto de carácter científico, político, ideológico, morales que cada comunidad hereda del pasado y comparte con todos sus miembros. En este sentido, las tradiciones son un rasgo identitario de las comunidades y un rasgo de pertenencia de los individuos a su comunidad.

Ramírez tiene razón en afirmar que la tradición no es un peso muerto del pasado, sino que vive y se desarrolla a través de sus interpretaciones en el presente.

También me parece adecuada su observación sobre la síntesis entre conservación e innovación, entre aceptación y crítica que los miembros de una tradición realizan en ella y gracias a la cual la tradición se desarrolla.

En este sentido, tiene razón Michael Oakshott al afirmar que la identidad de la tradición está en su forma de cambio, esto es en su continuidad.

Esto es uno de los puntos que considero fundamental de la tradición que es necesario ampliar y profundizar. En particular, considero que la interpretación de la tradición, como lo ha señalado Alasdair MacIntyre, es ante todo la elaboración de una narrativa retrospectiva que los intérpretes hacen desde el presente. Pero esta narración de la tradición, como lo ha señalado Paul Ricoeur, es constitutiva de la tradición misma. Esto es, la narración es una interpretación de la tradición que conforma a la misma tradición.

Esta dialéctica entre narración y tradición es una de las formas paradigmáticas de recorrer la vía entre razón y praxis, que me gustaría que Mario Teodoro Ramírez desarrollara más.

Por otra parte, también me parece pertinente el énfasis que el autor hace sobre la relación entre libertad y tradición, tanto Karl R. Popper como Edward Shils señalan que si en una tradición no hay libertad de interpretación, no hay pluralismo de interpretaciones, la subjetividad se asfixia, y la tradición se convierte en un tradicionalismo. Me parece que también es necesario profundizar más sobre este aspecto, en particular, sobre la tensión entre consensos y disensos al interior de una tradición, entre autenticidad de la persona individual y el sentido común (*sensus communis*), que el autor trata de manera muy interesante en el capítulo X. Pero sobre todo también es necesario revisar el concepto gadameriano de tradición a partir del reconocimiento de la pluralidad de tra-

diciones y los problemas que surgen en el diálogo intertradicional (problemas como inconmensurabilidad, incompatibilidad, etc.) Este tipo de diálogo hermenéutico representa un enorme potencial de reflexión crítica de la propia tradición. Para imaginarnos más claramente este potencial, pensemos por ejemplo en el encuentro o encontronazo entre las culturas autóctonas de América, los conquistadores y los evangelizadores.

En especial, frailes como Bartolomé de las Casas o Fray Alonso de la Veracruz pudieron transformar críticamente su tradición filosófica y religiosa a partir de la comprensión que tuvieron de las civilizaciones indígenas.

Desde luego que el problema central del diálogo intercultural entre tradiciones es la discusión acerca de los criterios racionales para determinar qué de lo propio se conserva y no se renueva, qué de lo extraño y novedoso se acepta y qué se rechaza. De manera muy acertada Ramírez considera que esta decisión es ante todo una cuestión práctica que debe fundarse en una racionalidad prudencial y no en una metódica de carácter concluyente.

La racionalidad prudencial, de acuerdo a Gadamer es un juicio que surge de una deliberación colectiva acerca de la decisión o curso de acción más adecuado en circunstancias específicas. El juicio es siempre falible y revisable, por lo que llama a otra deliberación y juicio prudencial. A diferencia de una racionalidad algo-rítmica, la *phronesis* es una virtud intelectual y práctica que se desarrolla continuamente a través de la confrontación dialógica de opiniones plurales que conduce a consensos temporales y revisables. Por ello, atinadamente Mario Teodoro Ramírez considera que la racionalidad prudencial es el tipo de racionalidad afín al diálogo hermenéutico. En general, el autor propone la noción de racionalidad prudencial como el núcleo de un nuevo racionalismo que revaloriza la dimensión estética y social de la racionalidad junto con la dimensión epistemológica.

Coincido plenamente y celebro esta propuesta de un racionalismo prudencial, que implica necesariamente un ir y venir continuo entre lo teórico y lo práctico, entre lo estético y lo epistemológico, entre lo ético y lo político, entre la autonomía personal y el sentido común, entre la razón y la praxis.